

DON RODULFO DE PEDRAJAS.



NUEVA RELACION.

en que se dá cuenta de los valerosos hechos y aventuras que le sucedieron á este caballero, y como S. M. lo premi6 por sus distinguidas hazañas.

Todo valiente se esconda,
no manifieste la charpa,
á vista de mis arrojados
tiemblen los guapos de España,
temple su ira Oliveros
vencedor de las batallas;
calle Bernardo del Carpio,
que entre cerros y cañadas
se quedó pidiendo guerra,
por yerro de su ignorancia.
No soy el Cid ni Sanson
que columnas derribaba
en venganza de su agravio,
cuyo valor publicaba,
que morir por Dios y el Rey,
es dar lauros á la fama.
Y porque sepan quien soy,
mi nacimiento y crianza,
nací en Morales del Rey,
yo, Rodulfo de Pedrajas,
que el astro de mi fortuna,
me señaló letras y armas.

Llegué á cumplir veinte años,
compré un caballo y charpa,
y cargado de tabaco,
á Zaragoza pasaba,
en breve lo despaché,
y volviéndome á mi casa,
encontrando en el camino
á Pelagio, que los guardas
lo llevaban maniatado,
y despojado de armas,
así que los conocí,
los aguardé que llegaran,
y les dije: caballeros,
aquese preso y las cargas,
al punto lo soltareis,
que don Rodulfo lo manda,
aquí es preciso morir,
que la muerte á todos llama.
A un tiempo me dispararon,
dándome carga cerrada,
yo disparé mi trabuco,
y les maté cinco guardas,

los que quedaron, huyeron,
que el miedo les acobarda;
y despaché así á Pelagio,
sin que nada le faltára.
Y caminando á Morales,
puse pública aduana
de tabaco, vino y carne,
de pólvora y de barajas.
A los presos los liberto,
y socorro al que me llama.
Digalo la real Sevilla,
cuando un jueves de mañana
iban á ahorcar á un hombre,
y compasivas lloraban
dos mujeres en sus calles,
les pregunté: qué es la causa
de vuestra grande afliccion?
Y al punto me replicaban:
hoy le dan muerte á mi padre,
quedamos desamparadas;
porque un hombre mató á otro,
el agresor se ausentaba,
y el escribano traidor
á mi padre se la carga;
les dije se retirasen,
y previniendo las armas,
al punto me fui á la cárcel,
donde el secretario estaba
para dar fé y testimonio
de sus letras mal fundadas;
y vide sacar al pobre,
que los padres le auxiliaban,
caminando hacia el suplicio,
y llegándome á la escala,
les hice allí detener,
y al escribano llamaba:
ven acá, hombre infeliz,
condenado y de mal alma,
cómo por tu culpa dan
muerte al que no tiene causa?
Me respondió: del Consejo
que tal justicia se haga,
ha salido decretado.
Y desnudando la espada,
la cabeza le corté
dejando el cuerpo sin alma.
Pedian favor al Rey
los soldados de la guardia,
y brioso con mi acero
despejé toda la plaza,
donde hice doce muertes,
otros las piernas quebradas;
metí el reo en san Francisco,
sin que nadie lo estorvara.

Y caminando á mi tierra,
hallé mi casa cercada
de un gran cordon de soldados,
que con órden de la Sala
venian para prenderme,
vivo ó muerto me entregaran;
y viéndome ya perdido,
echando mano á las armas,
los aventé como moscas,
que salen desperdigadas.
A este tiempo en Cataluña,
en su eminente montaña,
andaban cuarenta hombres,
que robaban y mataban
á todos los pasajeros,
y á muchos pueblos asaltan.
Tenian órden del rey,
que aquel término cercaran,
y prendiéndoles, en horcas
pongan en públicas plazas;
y el señor gobernador
no pudo adelantar nada,
porque los dichos ladrones
alguna gente le matan.
A la ciudad se volvió,
y al punto escribió una carta,
dando parte á don Rodolfo,
diciéndole que esperaba,
no se dilate en venir,
que le dá firme palabra
de ser su padrino en todo.
Y sin temer mi desgracia,
en un ligero caballo,
cual águila que volaba,
llegué á los montes de Berga,
y el marqués de Huelva pasa
con su esposa y sus dos hijas,
mayordomo y criadas:
salieron ocho ladrones,
y á todos los maniatan:
quieren violar la marquesa,
y aquellas doncellas castas,
en presencia del marqués:
por socorro al cielo claman.
Fuí corriendo á estos lamentos:
y antes que á ellos llegára,
me salen á recibir
con escopetas cargadas,
diciendo: quien viene allá?
Les dí la respuesta en balas;
de los ocho maté á cinco,
y los otros tres con alas,
fiados en sus caballos,
y con fuga apresurada,

querian huir veloces,
mas fué diligencia vana,
que el fuego les atajé
y los llevé donde estaban
los difuntos compañeros;
porque atodos los velaran;
y sacando mi rejon,
corté las cuerdas delgadas
que oprimian al marqués;
y á las señoras que estaban
de aquel susto casi muertas;
¡oh vilipendiosa infamia!
Me ofrécian grandes premios,
y tambien doña Constanza,
hija del propio marqués,

la que rogó que tomára
de su mano una fineza;
me presentó una esmeralda,
y me dijo: caballero,
en vuestro pecho guardadla,
que puede ser que algun tiempo
sea honor de vuestra casa.
Mostrandome agradecido,
fui con ellos en compañia
hasta sacarlos del monte,
no suceda otra desgracia.
Dejemos la primer parte
del mayor guapo de España,
y acabaré en la segunda
de referir sus hazañas.

SEGUNDA PARTE.

Ya dije en la primer parte,
como libres se quedaban,
y al marqués le supliqué
que el testimonio firmára
de todo lo sucedido,
porque es preciso que valla
á ver el conde de Flores,
que suya tengo una carta.
en que me envia á llamar;
sin dilacion me despacha.
Como un rayo disparado
volví donde se quedaban
los muertos y prisioneros:
á estos hice que montaran
cada cual en su caballo,
y que los muertos llevaran
hasta entrar en la ciudad;
y cerca de las murallas
el señor gobernador
llegó á registrar las cargas.
Preguntó: ¿qué gente es esta,
que viene con esta traza?
Señor, son los gavilanes,
que á caminantes estafan.
Respondió el gobernador,
en este dia mi hermana
me noticia por un pliego,
como estuvo maniatada,
y el marqués y mis sobrinas,
y que quisieron violarlas,
sin tener apelacion;
y que debe darle gracias
á un honrado caballero,
que por el sitio pasaba
Me alegrara conocerle,
traerlo en mi compañia.

Pues ya tiene vuescelencia
al que lo hizo, á sus plantas.
Le presenté el testimonio,
y la fecha de la carta.
Luego mandó que los reos
á la cárcel los lleváran
me dió su lado derecho,
diciendo, que celebraba
prender los cuarenta hombres,
que iban cometiendo infamias
en lo áspero de los montes.
Don Rodulfo dió palabra
de traerlos prisioneros,
y con diez soldados marcha
hasta la vera del bosque,
y descubriendo sus calas;
puso en ellas centinelas
con una órden cerrada,
que si escuchan venir gente,
les tiren sin repugnancia.
Solo me metí en las breñas,
su espesura paseaba,
poniendo lazos y cepos
por el suelo y por las matas,
hasta llegar á la cueva
en donde ellos habitaban,
que estando en grande funcion,
con brindis se saludaban.
Al aire disparé un tiro.
y en silencio se quedaban,
diciendo perdidos somos,
cada cual tome sus armas,
para defender las vidas
y en el monte se repartan.
Y conforme iban andando,
enredados se quedahan;

102

y sin poderse valer,
 les quité todas las armas:
 hice acudir los soldados,
 y con sogas los amarran,
 y antes que fuera de dia,
 tomamos la caminata
 de vuelta á Barcelona,
 y un soldado se adelanta,
 diciendo al gobernador;
 desde que España es España,
 no hubo hombre mas valiente,
 ni de mas heróica hazaña;
 él solo prendió los hombres,
 sin que nadie le ayudara.
 Victorioso con mi presa,
 al conde se la entregaba,
 en ocasion que venian
 los soldados de la playa,
 y á su escelencia dijeron:
 de turcos una fragata
 á otra que era de cristianos
 se la llevan apresada,
 y aprisa pide socorro.
 Muy suspenso se quedaba
 al oirlo: y dijo entonces;
 mande vuescencia que una barca
 me fleten, y unos soldados,
 y veran cortar mi espada
 cabezas de los paganos,
 si el cielo me dá ventaja
 en poderles alcanzar;
 y al punto se ejecutaba.
 Con valor los marineros
 y con cuidado remaban,
 hasta llegar á abordar,
 y saltando en la fragata,
 cortando brazos y arneses
 sus cabezas derribaba.
 Veinte moros les maté,
 sin que agravio me tocara;
 y viéndose mal heridos,
 todos soltaron las armas,

diciendo noble cristiano,
 cese el rigor de tu espada.
 Desembarcamos en tierra,
 nos hicieron grande salva,
 y los cautivos cristianos
 por mi la victoria aclaman.
 Alegres los caballeros
 y el gobernador, me abrazan;
 y luego al siguiente dia
 se dispuso la jornada
 á la córte de Madrid
 á contarle las hazañas
 de mi valor invencible
 al Católico Monarca.
 Mandóme el Rey entrar dentro,
 y asi que llegué á la sala,
 hincándome de rodillas,
 me preguntó por mi patria.
 Soy de Morales del Rey,
 y venero vuestras plantas.
 Generoso me responde:
 ya es Morales de Pedrajas,
 y marqués de Santa Cruz,
 conde insigne de la Habana,
 de Méjico gran Virey,
 y general de las armas,
 caballero comandante.
 Con doña alberta Constanza
 es mi gusto que os caseis:
 y en breve los desposaban.
 Su magestad la dió un dote,
 el manto que cobijaba
 con él liberte los reos
 que tengan algunas causas.
 Puestos á los pies del Rey
 rinden las debidas gracias,
 viviendo los dos consortes
 con union y paz amada,
 dando envidias al valor,
 y asunto noble á la fama.
 Y aquí Juan Antonio Lopez
 pide perdon de sus faltas.

FIN.